



SHANGHAI MEZCLA LAS AVENIDAS DE ESTILO EUROPEO, EN LAS QUE DURANTE LA NOCHE TITILAN LOS IDEOGRAMAS MISTERIOSOS Y MULTICOLORES, CON LOS SERPENTEANTES TEJADOS Y LOS DRAGONES DE LA VIEJA CIUDAD CHINA, SUS BALCONES DE MADERA Y SU INCESANTE BULLICIO.

Desde las terrazas del Hotel Mansión de Shanghai, situado en el ángulo que forma el río de Souzhou al desembocar en el Huangpu, la ciudad muestra uno de sus más bellos y electrizantes vestidos: la soberbia fachada portuaria de ayer, con sus edificios coloniales, sus grandes cúpulas, sus tejados y columnas de piedra, sus flechas. Por detrás de ellos, en la urbe que se extiende y crece hasta perderse de vista, las nuevas torres de vidrio, que se levantan sobre las antiguas zonas residenciales rompiendo su armónico trazado y también el cielo de la que, al parecer, es la más extensa aglomeración urbana del planeta, y más allá, las remotas y feas barriadas modernas de los extrarradios, las chimeneas humeantes, las gigantescas grúas.

A los pies de la mansión de Shanghai, el curso majestuoso del río Huangpu, con sus aguas terrosas y su ir y venir de barcos de todas las formas, tonelajes, calados y usos imaginables: transatlánticos, petroleros, ferries, cargueros, dragas, areneros, carboneros, diminutas viviendas flotantes que se ocupan en efectuar indefinidos transportes, barcasas sobrecargadas y otras que parecen flotar a la deriva, vacías y fantasmales.

Si, por arte de magia, el viajero hubiera sido trasladado a esta terraza sin pisar el suelo de la ciudad y reparara únicamente en el tráfico del río, es probable que se viera inclinado a pensar que toda la vida de Shanghai se concentra sobre el agua.

Pero le bastaría con desviar la mirada hacia el Bund, el paseo que ocupa la orilla izquierda del enorme río en el lugar en que estuvieron los viejos muelles, para descubrir que la vida abigarrada que el río muestra no es más que la excrecencia de la que supura esta ciudad desmesurada que parece un gigantesco catálogo de las diversas formas de construir y de ser.

## LA DAMA DE ORIENTE

TEXTO Y FOTOS: RAFAEL CHIRRES

Las ciudades ganan una memoria genética que tiene que ver con su posición geográfica, con sus avatares de uso, que se repiten en diferentes momentos de su historia.



# SHANGHAI



Shanghai es un puerto cuyo  
influencia se extiende por las islas  
del Mar de la China, hasta Hong  
Kong y Singapur, y meridiona las  
costas de Java y Malasia.

萬泉河  
WAN QUAN HE  
廣州  
GUANGZHOU



tografías y su etérea presencia a veces es más poderosa que la de la Shanghai que sueña con noches de amor y coca-cola a ritmo de Madonna y Michael Jackson en una sala de karaoke. La divergencia de los sueños, sí, y también su permanencia.

Las ciudades guardan una memoria genética, que no es exactamente metafísica, sino que tiene que ver con su posición geográfica, con sus avatares de uso, que se repiten en distintas fases de la historia. Aquella Shanghai bella y perversa, con sus salones sobrecargados, en los que se repetía el rito de ese juego que los chinos llaman de la nube y la lluvia y que está cerca de la muerte y resurrección, fue una ciudad de vida breve: murió en 1949 y puede decirse que había nacido apenas un siglo antes.

En efecto, aunque la vida humana en estas tierras bajas del Yangtsé con

sus opulentos cultivos, con su exuberancia de peces, se remonte a miles de años, también es verdad que había cristalizado en ciudades como Suzhou, Wuxi y Nanjing. De hecho, los terrenos sobre los que se asienta la metrópoli de Shanghai —situada en la actualidad a ochenta kilómetros del mar— no se formaron hasta el siglo diez de nuestra era, como fruto de los imponentes aportes de aluvión de ese río inmenso que sigue cubriendo de barro las orillas del Mar Amarillo.

Cuando Marco Polo visitó Cathay, se entretuvo en describir la opulencia de Nanjing, o la frenética industriosa de Suzhou y sus canales, que comparó con su amada Venecia, y ni siquiera se fijó en el estéril lodazal que un día habrían de ocupar trece millones de habitantes. El meteórico ascenso de Shanghai data del primer tercio del siglo XIX y nace ligado al comercio británico del opio: una actividad que acabaría convirtiendo a su criatura en metonimia del exotismo colonial, la belleza pasajera y el vicio.

En 1839, los comerciantes ingleses, que intentaban por todos los medios introducir en China sus partidas de opio, para nivelar el saldo de sus fabulosas compras de té, fueron expulsados de Cantón, ciudad donde el gobierno chino quemó las cajas de estupefacientes que tenían almacenadas. Para defender lo que patrióticamente llamaban sus derechos de «libre comercio», la flota británica tomó al asalto un pequeño puerto a más de mil kilómetros al norte de Cantón, estratégicamente situado en la orilla de un afluente del Yangtsé. Ese puerto se llamaba Shanghai, que quiere decir algo así como «el camino del mar».

El nombre resultó profético, porque con el tiempo Shanghai habría de convertirse en una de las más imponentes puertas del mar del planeta. Esa suerte fue fijada por el tratado de Nanjing, en 1842, que autorizó los asentamientos permanentes de extranjeros —las concesiones— en media docena de lugares de las costas chinas.

Shanghai fue la más significativa huella de la garra imperialista en el milenario y cerrado imperio. Junto a lo que hoy es el barrio de Nan Shi, la

vieja ciudad china, con sus tejados puntiagudos y su frenético comercio, fueron definiéndose las fronteras de las concesiones: barrios franceses —la populosa calle Huaihai se llamó Boulevard Maréchal Joffre—, británicos, americanos... Además, la activa colonia del opio, con su traspais aluvial de campos en los que se suceden ininterrumpidamente las cosechas cada año, atrajo a desarrapados, comerciantes y aventureros del interior de China, y de más allá del mar: árabes, hindúes, malayos, holandeses, alemanes, portugueses.

Shanghai se convirtió en referencía obligada y escala habitual de un mundo de seres a la deriva: marineros en oferta, mujeres sin rumbo, oportunistas. Era un imán cuya influencia se extendía por las islas del Mar de la China, hasta Hong-Kong y Singapur, y movilizaba las costas de Java y Malasia, y también más allá, hasta las desoladas

playas de Adén. Al otro lado, San Francisco crecía como un espejo suyo, con sus barrios de comerciantes chinos. Y en Londres, Amsterdam, Lisboa o Hamburgo, Shanghai poblaba la fantasía de miles de fracasados o ambiciosos en búsqueda de una ilusión, un golpe de fortuna o una vuelta de tuerca en la experiencia de la degradación.

Para los conservadores habitantes de la China imperial, Shanghai se había convertido en un ambiguo símbolo, reventando de lujo y de miseria, con sus jardines y locales elegantes estrictamente reservados para los occidentales y sus decenas de miles de campesinas convertidas en porcelana de exposición, que se rompía entre los dedos de tanta avidez.

Quedan imágenes de ese tiempo: las señoras elegantemente vestidas, sus sombreros coronados por ramilletes de flores o por exóticas plumas,

los caballeros con sus trajes impecables y sus pajaritas, fumando entre los mármoles de las oficinas bancarias, las mujeres de porcelana, frágiles, delicadas, envueltas en sedas y sosteniendo un cigarrillo a la sombra de sus larguísimas uñas, los coolies que tiran de los rickshaws, los sampans de leves velas... Recuerdos de un tiempo al que la ocupación japonesa redondeó su tristeza de sometimiento y humillación.

Pero si la activa Shanghai cristalizaba como signo de modernidad impuesta, también lo hacía como centro de una renovación más profunda, amparando bajo su vibrante vida el desarrollo de las nuevas ideas que iban a convulsionar la sociedad china. En Shanghai arraigó pronto el pensamiento del primer reformador social moderno, Sun Yat Sen, se fundó el Partido Comunista en un edificio que aún puede visitar el viajero, y se desarrolló la



gran huelga de 1927, que describiera Malraux en *La condición humana*, y que concluyó con las terribles matanzas de comunistas y obreros industriales por parte de Chiang Kai Chek, quien utilizó los cuerpos de sus enemigos como combustible para las máquinas del tren.

La Revolución de 1949 le congeló el corazón a Shanghai. El viajero puede comparar las fotografías de principios de siglo con la ciudad de ahora y podría llegar a creer que han sido obtenidas con pocas horas de diferencia, si no fuera por los trajes de los personajes y los desconchados en las fachadas de las edificaciones que dan idea del paso del tiempo.

El viajero compara las viejas fotos en las que se ve el Bund, las que reflejan la calle Huaihai, Nanjing, o las orillas del río de Suzhou, y reconoce cada uno de los edificios y piensa que durante medio siglo la ciudad ha permanecido como un cascarón. Un museo de arquitectura, con sus aceras sombreadas por hermosos plátanos.

La nueva política económica del gobierno chino ha pulsado un dispositivo por el que esa dormida memoria genética de Shanghai se ha puesto en marcha. Es como si la ciudad, después de un largo sueño, volviera a recuperarse a sí misma. El viajero que la visite en estos momentos se verá sin duda sorprendido al encontrarse con una ciudad occidentalizada en sus costumbres, que en nada se parece a ese Pekín, con su aire de almacén soviético o a un Cantón subtropical que recuerda a la Habana Vieja.

Las multitudes que pasean al anochecer junto al río, olas que abarrotan las tiendas en ejercicio del frenesí consumista que se ha apoderado del país, visten de un modo más cuidado y esnob, los escaparates de las tiendas cuidan su decoración e imitan modelos italianos o franceses, se huele el diseño, lo que los occidentales llamamos buen gusto, abundan los pequeños bares, los restaurantes, las librerías, las tiendas de comestibles en las que se exhiben productos lujosos y whiskies y coñacs de importación. Los movimientos de la gente, al caminar, tienen un aire más desenvuelto, menos recogido que en otros lugares de China.

Los chinos dicen que los pekineses lo hablan todo, los cantoneses se lo comen todo y los de Shanghai se lo ponen todo. En ese chiste quieren expresar el esnobismo y atrevimiento de los shanghaíeses a la hora de vestir.

Restaurantes elegantes, mercados que rebosan de productos en plena calle, mujeres elegantes vestidas a la última moda de occidente, grupos de ejecutivos europeos o americanos que recorren con aire de reconquistadores los bulevares haciendo foxing, persiguiéndose a gritos y rompiendo el maravilloso desorden de sus aceras.

En Shanghai, más que en ninguna otra ciudad de China, cobra sentido el apodo con que se conoce al actual presidente chino Deng Tsiao Ping, a quien sus paisanos llaman «Don Shopping», debido a su afán por fomentar el vicio del consumo, que en todo el país, pero muy especialmente en la ciudad del Huangpu, se manifiesta por la proliferación de «Shopping Centers». Se inauguran nuevos edificios comerciales por todas partes, se abren nuevas tiendas.

Los chinos acostumbran a celebrar las inauguraciones de los negocios con guirnalda y cestas de flores y, basta darse una vuelta por la ciudad, para descubrir la abundancia de estos ornamentos no sólo en las más activas calles comerciales, sino también en el extrarradio, en barrios como Pudong, antigua zona industrial, hoy revitalizada gracias a los túneles y puentes que desde hace poco atraviesan el río y en donde en la actualidad se concentran algunos de los más ambiciosos proyectos de renovación urbana.

Restaurantes elegantes, mercados que rebosan de productos en plena calle, como los de Jiao Zhuo, o de Yong Jia, mujeres elegantemente vestidas a la última moda de occidente, grupos de ejecutivos europeos o americanos que recorren con aire de reconquistadores los bulevares haciendo footing, persiguiéndose a gritos y rompiendo el maravilloso desorden de sus aceras. Los signos de que esa memoria genética ha vuelto a ponerse en marcha son visibles por todas partes.

El viajero se siente fascinado por esa vitalidad en un tiempo en que los dependientes de comercio de Madrid se fuman un cigarrillo tras otro a la espera del próximo cliente, si es que ha llegado el primero. Recorre las decenas de kilómetros del puerto, pasea por las barriadas periféricas y contempla los inmensos solares en construcción, las calles abigarradas por una multitud que toma al asalto tiendas y almacenes, los corros de bolsistas que se reúnen en cualquier esquina a la espera que se inaugure próximamente la sede de la bolsa, los estudiantes que aprenden el capitalismo a marchas forzadas, los jovencísimos ejecutivos, las muchachas de porcelana en nueva y espléndida floración, las campesinas, los obreros procedentes del interior que miran atónitos el desarrollo de algo desconocido, bello y terrible como una planta carnívora. Shanghai. ■

## A G E N D A



### DÓNDE DORMIR

Shanghai cuenta con un montón de hoteles lujosos, que sigue creciendo de año en año y cuyos precios se ven sometidos a los avatares inflacionistas de la economía china. Hoteles de grandes cadenas internacionales, construidos por empresas chinas o bien con la participación en el sistema de *joint-venture* con otros países.

Entre los más opulentos, el Shanghai Hilton Internacional, una torre de 40 plantas, con siete restaurantes y todas las comodidades y distracciones propias de los grandes hoteles del mundo. Muchos lo consideran el mejor de la ciudad. The Portman Shanghai Hotel —50 plantas y helipuerto— cuenta con un soberbio centro comercial. El Shanghai JC Mandarin Hotel está privilegiadamente situado en Nanjing West Road y pertenece a un grupo de Singapur. Muy «british». Nikko Longbai Shanghai pertenece a la cadena japonesa Nikko y cuenta con buen restaurante de esa nacionalidad. Hua Ting Sheraton Hotel es quizá el más grande de la ciudad con un millar largo de habitaciones. El Peace Hotel (antiguo Cathay Hotel) es el que posee un sabor más intenso del viejo Shanghai. Construido en un rascacielos de estilo decó mantiene sus habitaciones lujosas en línea con el gusto de la época y sus ambientes misteriosos y profundamente chinos, en el concepto más colonial y Marlene Dietrich del término. Una auténtica joya que merece la pena al menos visitar. La cocina china es espléndida. Y cuenta

con sesiones nocturnas de Jazz. Otro hotel elegante y de viejo sabor es el Jinjiang Hotel, muy europeo. A su lado, la imponente Jinjiang Tower, con restaurante giratorio panorámico y buenas cocinas. Construido en colaboración con un grupo de Hong-Kong. Muy lujoso. Otros hoteles situados en la cúspide son: Pacific Shanghai, Cypress Hotel, Holiday Inn Yinxing Shanghai o Yangtze New World Hotel.

Hay también hoteles situados en zonas residenciales y establecidos en antiguas villas coloniales como Ruijin Guest House, Xijiao Guest House o el elegante Hongqiao Guest House. De primera clase son, entre otros, Shanghai Hotel, International Hotel, Shanghai Mansions, con magníficas vistas sobre el río, excelente restaurante y un agradable viejo estilo. Es bellísimo el Jing'an Guest House, que mantiene la decadente elegancia colonial, como el Peace o el Jinjiang. Además, está situado en un lugar privilegiado, en el más hermoso centro de Shanghai, junto al Bund, y rodeado de edificios estilo Chicago.

Más económicos son el Baolong Hotel, Huaxia Hotel, Magnolia Hotel, o Shanghai Olympic Hotel. La lista podría continuar durante páginas enteras.

### DÓNDE COMER

Resulta difícil establecer una guía completa de los restaurantes de esta inmensa ciudad que se precia de contar con representación de al menos catorce o quince cocinas regionales chinas, además de con un buen número

de restaurantes de estilo occidental. Nanjing Road y Fouzou Road son las calles que le ofrecen al viajero apresurado mayor número de estos restaurantes regionales de calidad. También los grandes hoteles suelen tener una buena representación de las diversas cocinas chinas.

Ofrece magnífica cocina de Shanghai el Hotel Peace, y también Lao Fandian (El Viejo Restaurante), en la ciudad china. Cocina del Yangtsé, en Yangzou Fandian, en el 308 de Nanjing Donglou. El Meilongzhen Jiujia, en Nanjing Xilou, es uno de los más famosos de la ciudad. Data de 1938, está decorado al viejo estilo chino y ofrece cocina imperial pekinesa y de Sichuan. Cocina buen pato pekines *Yanyun Lou*, en Nanjing Donglou. Otros restaurantes con comida especiada de Sichuan son *Sichuan Restaurant*, en Nanjing Donglou, o *Chengdu*, en Sunchang.

La cocina cantonesa, de moda en toda China, goza de buena representación en Shanghai: *Yoyi Jiujia*, en el Shanghai Exhibition Centre; *Cuiyuan*, en el lujoso edificio Ventanas del Mundo; *Meixin Jiujia*, en Maoming Nanlu; *Xingbualou*, un viejo restaurante bien abastecido, en Fouzoulou; *Xijiao Ting*, en Nanjing Xilu, que sirve panecillos desde las siete de la mañana a la una y media de la madrugada, o *Yuangmingyuan Jiujia*, en Beijing Donglu, son algunos ejemplos.

Hay restaurantes musulmanes, con especialidades de cordero (*Moslem Restaurant*); taiwaneses, como *La Isla del Tesoro*; con platos de Suzhou, como *Renmin*, o de Hunan (*Yueyanglou*). Y restaurantes europeos en la mayoría de los grandes hoteles. Fuera de ellos, tiene fama el *Hong Fangzi* (Casa Roja), con buena cocina francesa. En Shanghai se le conoce como «*Chez Louis*».

Además, en la vieja ciudad china pueden encontrarse numerosos lugares donde degustar los panecillos, aperitivos y pastas de Shanghai. Algunos puntos clave son *Nanxiang*, *Lubolang* o *Youlian*. La ciudad cuenta con 1.800 cafés y pastelerías donde picar, y que incluyen delicias al estilo chino o también occidental, en la línea de las viejas influencias coloniales.

### QUÉ VISITAR

Sin duda, el mayor y más hermoso espectáculo que ofrece Shanghai es el de la vida presentándose en todo su esplendor. Recorrer sus calles comerciales: Nanjing y Huaihai, con sus tiendas de ropa, de electrodomésticos, de fotografía; con sus escaparates bien sur-

tidos de productos populares y otros caros, entre los que se incluyen vinos y coñacs franceses, o whiskies escoceses, y que permanecen abiertos desde las ocho de la mañana hasta bien entrada la noche. Calles con las aceras repletas de paseantes y por las que circulan cada día cientos de miles de personas.

Los nostálgicos pueden iniciar su visita a la ciudad junto a este núcleo comercial, en el Bund, un término colonial anglo-hindú que designa los antiguos muelles a orillas del río Huangpu. Es el perfil más conocido de la ciudad, con sus soberbios edificios de prin-



cipios de siglo: viejos bancos, forman un sólido conjunto que remite a los tiempos en que Shanghai era el París de Oriente. Aunque el perfil urbano se mantiene intacto, la primitiva orilla del río se ha alterado, ya que ha sido elevada para evitar las periódicas inundaciones. Un paseo que bulle a cualquier hora del día, y sobre todo de la noche, con sus rincones, terrazas y cafés, sustituye a los viejos embarcaderos.

Siguiendo la ruta de las antiguas concesiones, pueden advertirse las urbanizaciones de los años veinte y treinta, que ocupan gigantescos espacios y que se mantienen en buena parte intocadas formando un museo arquitectónico de edificaciones de estilo modernista, decó y racionalista en las zonas que fueron francesa, inglesa y americana. Los aficionados a la arquitectura saltarán de sorpresa en sorpresa.

Otro recorrido —bien distinto, y también obligado— es el que el visitante ha de efectuar con la antigua ciudad china, cercada por el anillo de las calles Renmin y Zhonghua, que corresponde a lo que fue la vieja muralla. Perdersé por sus populosas callejuelas repletas de olores, visitar el bazar, los mercados, acercarse a los pequeños cafés y restaurantes, comprar en sus tiendas, es un ejercicio estimulante, que se completa con un paseo por el parque de Yuyuan, precioso exponente del arte chino del paisajismo, según el cual un jardín ha de ser la representación en miniatura del mundo.

El Museo de Shanghai es tal vez el de mayor importancia artística de toda China, con sus esculturas, cerámicas, pinturas y, sobre todo, su impresionante colección de bronce. También es sorprendente el Templo del Buda de Jade y la Pagoda y Templo Longhua resulta de gran interés. Los ideólogos pueden acercarse a visitar el edificio en el que se celebró el Primer Congreso Nacional del Partido Comunista Chino y la residencia del Sun-Yat-Sen, el dirigente de la revolución de 1911.

El decorado morboso del desaparecido Shanghai del opio y la prostitución puede encontrarse en los numerosos edificios «Chicago» a espaldas del Bund, así como en la calle Nanjing, y también asomándose a los viejos hoteles de la época e incluso a alguno de los cines y teatros que aún permanecen en pie.

El Centro de Teatro de Shanghai es un imponente complejo en el que se suceden y alternan los espectáculos dramáticos, de ópera y variedades, los conciertos, el ballet o el cine. También puede oírse música clásica en el Shanghai Concert Hall. Hay locales en los que se representa ópera china y también un Teatro Acrobático de Shanghai, reputado como el mejor de China. Abundan los cines y lugares de diversión.

Sería un error dejar Shanghai sin haber recorrido los casi sesenta kilómetros de puerto en las orillas del Huangpu. Hay una soberbia panorámica desde lo alto del puente de Nanpu y también desde lo alto de algunos edificios del Bund y sus alrededores, como el Peace Hotel o la Mansión de Shanghai. Existe también un servicio de barcos que, en cuatro horas y media, efectúan el trayecto desde el Bund hasta la desembocadura del Huangpu en el Yantzé, unos treinta kilómetros aguas abajo. El espectáculo, aunque ya no se vean las elegantes velas de los antiguos shampanes, sigue siendo hermosísimo por su vitalidad e intensidad.

# LA COCINA DE SHANGHAI

Todo el mundo coincide a la hora de señalar esta populosa ciudad que se trata de un lugar privilegiado para el gourmet, una especie de paraíso de las distintas cocinas regionales chinas.

**A**nadie se le ocurriría incluir la cocina de Shanghai entre las históricas de la cocina china. Shanghai es una ciudad de origen moderno, sobre todo si se mira desde la noción de tiempo que aplica a sus ciudades la milenaria cultura china. Es decir, que no puede competir en tradición con zonas como Pekín, Sichuan, Cantón o Shangong, por citar algunas de las escuelas culinarias más importantes. Y sin embargo, todo el mundo coincide a la hora de señalar la populosa Shanghai como un lugar privilegiado para el gourmet. Las razones —como siempre— hay que buscarlas en el espacio y en el tiempo, en las peculiares circunstancias geográficas de la cuenca baja del Yangtsé, así como en la

precipitada formación de esta ciudad.

Aunque la vida de la ciudad giró en torno a las concesiones internacionales y las cocinas chinas y occidentales permanecieron ajenas las unas de las otras, manteniendo existencias paralelas y sin llegar nunca a mezclarse, en esa separada convivencia se forjó una tradición que hoy, tras la apertura económica, vuelve a florecer: la presencia de cocineros extranjeros, y de restaurantes occidentales con pretensiones de experiencia y buen hacer.

Pero lo que marcó sobre todo a la vital Shanghai fue su velocísimo crecimiento basado en los aportes de decenas de miles de personas que se trasladaron desde todos los rincones del país —siguen haciéndolo, vuelven a hacerlo tras la apertura— y que se trajeron consigo sus hábitos gastronómicos, convirtiendo a la ciudad en el paraíso de las distintas cocinas regionales chinas, e influenciando enormemente el modo de comer en un espacio urbano en permanente expansión y que es de por sí privilegiado, tanto por sus productos («un paraíso de arroz y peces», dicen los chinos de esta ribera baja del Yangtsé), como por sus comunicaciones.

La ciudad atrae productos de todas partes del inmenso país, desde Manchuria hasta las lejanas islas de Hanan o Taiwan, pero las llanuras aluviales del Yangtsé forman una verdadera esponja en la que tierra y agua se mezclan formando la más impresionante cultura hídrica del planeta y proporcionando una deslumbrante variedad de productos, que se complementa con los que brinda el océano, situado a sólo ochenta kilómetros del centro urbano río abajo: el Mar Amarillo, rico en peces, crustáceos y algas comestibles.

Shanghai, aunque de fundación reciente, ha recogido las tradiciones milenarias de las ciu-

dades de su entorno que un día fueron mucho más importantes que ella: Suzhou, la antigua Venecia comercial china, que fue rica ciudad de canales; la vieja Nanjing imperial, o Shandong, la patria de Confucio, y la que ha aplicado a la cocina los principios magistrales del filósofo, con su gusto por el equilibrio. Así se ha convertido en el escaparate más rico y visible del país.

Frutas, verduras, aves, mamíferos, peces, crustáceos, algas o insectos pueblan las abigarradas cocinas de la ciudad, sus restaurantes populares o lujosos, sus mercados y tenderetes callejeros, convirtiéndola en una verdadera locura para el aficionado a las artes de la mesa. La ciudad cuenta con los elementos suficientes para reproducir todas las cocinas chinas.

Pero, además, hay un «estilo Shanghai» que resulta inconfundible: aquí las cocciones son más largas y en ellas interviene más el azúcar que en otras zonas de China. Se elaboran las salsas con los vinagres de Zhejiang y los vinos de arroz de Shaoxing. El color de las reducciones es más oscuro que en Cantón y su sabor más dulce que en Pekín. Tal vez para romper esa monotonía en el color, verduras, pescados y carnes se cortan minuciosamente, ofreciendo formas caprichosas de flores o diminutos animales, en un alarde de imaginación. Además, la calidad nutritiva de esta cocina está considerada por los expertos como una de las más equilibradas del mundo.

Son especialmente célebres los cangrejos peludos, que vienen de los lagos situados aguas arriba del Yangtsé y que llegan a la ciudad durante el otoño, alcanzando precios exorbitantes y distribuyéndose hasta muy lejos: Hong-Kong, Cantón o Taiwan. También las gambas, que suelen servirse mezcladas las de agua salada con las de río y las secas con las frescas. Entre los peces, además del prestigioso pez man-

darín, son apreciadas las carpas del Yangtsé, con su característico sabor terroso. Se cocinan con azúcar y se valoran especialmente las cabezas, que se presentan (así las degustamos, exquisitas, en el Peace Hotel) prácticamente crudas por dentro, manteniendo toda la ligereza de su textura natural, y crujientes por fuera. Para que preserve su valor sávido, el pez debe llegar crudo a la cocina, ya que el paso por el frigorífico le hace perder la mayor parte de su delicada gracia. También se aprecian mucho los «timones» o colas.

Los restaurantes populares proporcionan una sorprendente e imaginativa riqueza de preparaciones culinarias, que elevan a la categoría de nobles productos muchas veces despreciados por las cocinas occidentales: patas y lenguas de ganso, tripas, crestas de gallo, tendones, estómagos de buey...

Además, la intensa vida de Shanghai ha propiciado la proliferación de lugares en los que se expende comida rápida, a veces deliciosa: Shanghai está considerada en China como la capital de las pastas, que se elaboran

a partir de diversos tipos de farináceas, incluidos los tubérculos, y que se condimentan con imaginación, así como de los exquisitos panecillos tibios de arroz glutinoso, o de soja, rellenos de trozos de jamón, de tiras de cangrejo, de carnes, verduras o mariscos de todo tipo.

En Shanghai merece la pena, además de disfrutar de algún banquete en los restaurantes chinos de los mejores hoteles, dejarse ganar por la curiosidad y comer al paso, en la calle, en cualquier establecimiento popular.

